

VUELA¹

Malú Urriola²



¹ VUELA, muestra.

² Malú Urriola (Santiago, Chile, 1967). Ha publicado *Piedras rodantes* (1988), *Dame tu sucio amor* (1994), *Hija de perra* (1998, reeditado en 2009 en Venezuela, 2010 Argentina y 2017 en México), *Nada* (2003) *Bracea* (2007), *La Luz que me ciega*, en coautoría con la fotógrafa Paz Errázuriz (2010), *Las Estrellas de Chile para ti* (Antología, 2015), *Cadáver Exquisito* (2017), *El cuaderno de las cosas inútiles* (2022). Ha obtenido el Premio a la Mejor Obra Editada por su libro *Nada* en 2004 y el Premio Pablo Neruda a la trayectoria en 2006. Obtuvo la Beca John Simon Guggenheim en 2009. Ha sido invitada a dar conferencias y recitales en las universidades de Princeton, Georgetown, Washington, Maryland y New York The King Juan Carlos I of Spain Center, NYU). Es académica en la Facultad de Licenciatura en Lengua y Literatura y en la Facultad de Artes de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Dirige el Taller de la Fundación Pablo Neruda para jóvenes poetas becarios. Trabaja como guionista de televisión y cine.

Al fotógrafo español, Pepe Franco.
A su libro *La historia de Ibrahim Raad Nuri*,
y a los millares de niños que las guerras hacen llorar.

Soy un atrapador del tiempo.

Atesoro cada detalle, cada minuto, cada gesto y los grafío en mi cabeza -no hablo de otros- hablo de la captura del tiempo. No dejo escapar detalle, segundo, gesto del día, de la tierra, del cielo.

Soy un atrapador del tiempo. El mismo de las cavernas esculpido en millares de yos. Algunos de mis yos viven en el pasado, otros, conmigo.

Las legiones de los que nos hacen temblar saben que hay millares de atrapadores del tiempo.

La sabiduría de atrapar el tiempo consiste en sobreponerse al pasado y a la trama de un futuro nefasto.

En el mismo momento que imagino una flor en medio de las ruinas, sé que la hallaré unos meses más tarde, porque soy un atrapador del tiempo.

Nunca se vuelve a ser el mismo cuando se retorna del dolor, cuando se ha cruzado un tupido bosque para comprender la más superficial de las heridas, cuando un río ha salido desbordado como la cabalgata de mil pájaros obligados al vuelo por un incendio hambriento.

Cuando la arena ha levantado una tormenta tan sedienta, que casi se ha convertido en una tromba que quisiese histérica arrastrar al cielo.
Cuando el mar pareciera agitarse para ahogar las velas, los faros y el clamor.
Cuando la lluvia rasguña la puerta con sus patas de perro.

Nunca se vuelve a ser el mismo.

Como un camino jamás podría, después de un derrumbe.

Antes, los patos hundían la cabeza en el lago, mientras sus membranas remaban el aire. Luego sacaban la cabeza del fondo, trayendo un pez que aprisionado contra su pico, balanceaba su plateado cuerpo.

Ya no se escucha el piado agudo de las grullas y los patos emigraron con los primeros bombardeos.

El lago a veces se tiñe de negros espesos, otras, de sangre ardiendo.

Mi padre no duerme escuchando el ruido de las armas y los golpes de los soldados abriendo a patadas las puertas vecinas. Los brazos de mi padre acallan los gritos, los camiones, los perros, las balas. El ruido ensordecedor que más tarde trae el silencio y el alarido de alguien que parece un animal.

Cuando despierto, mi padre me viste. Me prepara la leche que ha comprado en el mercado negro, sorteando las guardias militares.

Luego me lleva en sus brazos hasta la ambulancia que conduce.

Mi padre es todo lo que me ha dejado la vida.

Vivir es como escribir. La curvatura del encaje de una enagua. Si no sabes lo que es una enagua para qué vamos a hablar de la curvatura del tiempo.

Mi madre tenía una enagua gris mar.
La vi cuando los soldados cerraron la puerta.

Yo le robo palabras a la vida y las junto.
Las atesoro, las contemplo, esperando que germinen en el silencio.



yo tengo unas alas que a veces no se ven

Este corazón es el recuerdo donde aún vive mi madre.
Ellos que hablan desde el cielo traen el infierno, las bombas y los gritos.
Les quito la vista y miro directamente al Azul.

Un ave grazna como un trueno,
la cabellera despeinada de un cedro aún sigue en pie.
Esta libertad de ser es mi tesoro.
Sé que mañana puedo morir, por eso soy todo hoy.

Somos siete millones de niños errando a hacia ninguna parte.
Somos los sin nada, los hijos del horror.